

—¿Ah, el amigo Evgraf Larionitch!—
exclamó mi tío alegremente.—¿Viene
usted de la ciudad?

«Son curiosos todos. Se diría que se
les había escogido para juntarlos,» pensé
olvidándome de que yo también era una
de las muestras de aquella colección.



CAPÍTULO V

EJEVIKINE

UN hombrecillo penetró en la
habitación ó mejor dicho
apareció en ella reculando
á pesar de hallarse la puer-
ta abierta de par en par, y
así que estuvo en el umbral dió comien-
zo á una serie de genuflexiones y salu-
dos, mientras mostraba la blancura de
sus dientes y nos miraba con curio-
sidad. Era un viejecito, menudo, de
ojos vivos, por los que erraba una sonri-
sa ambigua y fina. Iba vestido con un
frac muy usado y que seguramente no
se habría hecho para él. Uno de los
botones se mantenía sujeto al frac por
un hilo; faltaban por completo dos ó tres
más. Las botas agujereadas y el som-
brero grasiento armonizaban bien con

el resto del traje. Tenía en las manos un pañuelo sucio, con el que, de vez en cuando, se secaba la frente y las sienes. Advertí que la institutriz se había puesto un poco encarnada y que me miraba con miradas rápidas, en las que había al propio tiempo una expresión de orgullo y de reto.

—Directamente de la ciudad, directamente—contestó á mi tío.—Ahora hablabamos; pero permítame que empiece por saludar.

Dió algunos pasos hacia la generala; pero se detuvo á la mitad del camino, y dijo á mi tío:

—¿No conoce usted mi rasgo característico? Yo soy un perro, un pobre perro. Apenas entro en cualquier parte, por primera vez, busco con la mirada á la persona más principal de la casa y voy hacia ella para lograr su gracia y su protección. Soy un canalla, un canalla. Señora, permítame vuestra excelencia que bese su vestido, porque temo que mis labios puedan manchar su diminuta mano de generala.

La generala, con gran asombro mío, le tendió graciosamente la mano.

—Le saludo á usted también—continuó, volviéndose hacia la señorita Perepelitzina.—¿Qué he de hacer, señora? Soy un canalla. Tenía que ocurrir así y ya estaba decidido desde 1841, cuando

me separaron del servicio; el señor Tikonsef fué nombrado mi asesor; y yo soy un canalla. Tengo un natural tan franco que no puedo menos de confesarlo todo en seguida. ¿Qué remedio? He intentado vivir honradamente; pero no es eso lo que hay que hacer en estos tiempos.

Dió vuelta alrededor de la mesa, y se acercó á Sachenka, diciéndola:

—Alejandra Yegorovna, nuestra manzana perfumada, permítame que bese su vestido. Señorita, usted embalsama la manzana y los más delicados perfumes. Mis respetos á Ilucha; le traigo un arco y una flecha, confeccionados por mis manos, con ayuda de mis niños. En seguida iremos á tirar esta flecha. Y cuando sea usted mayor, será usted oficial é irá á cortar la cabeza del turco. Tatiana Ivanovna... ¡Ah? ¿pero no está aquí? Me disponía á besar también su vestido. Prascovia Ilinitchna, no puedo llegar hasta donde está usted; de otra manera habría ido á besarla, no solo la mano, sino también el pie. Anfissa Petrovna, todos mis sentimientos. Hoy mismo he rezado de rodillas y llorado por usted y por su hijo, á fin de que el Todopoderoso le conceda muchos grados y muchas facultades, sobre todo esto... También le saludo á usted, Ivan Ivanitch Mizintchiko. Dios le dé todo lo

que desee, aunque nadie podría adivinar que es lo que desea ¡no habla usted nunca! Buenos días, Nastia. Toda mi chiquillería te saluda; siempre estamos hablando de tí. Y ahora un gran saludo al señor. Le dije á Su Nobleza que llego ahora mismo directamente de la ciudad. Pero ¿no es éste su sobrino, el que estaba en la Universidad? Todos mis respetos, señor. ¿Quiere usted darme la mano?

Estalló una carcajada. Se veía claramente que el viejo aquel era un viejo alegre. Su entrada había reanimado la tertulia á pesar de que no todos comprendían sus sarcasmos, y eso que nadie se había librado de ellos. Solo la institutriz, á quien con gran sorpresa mía había llamado sencillamente Nastia, enrojecía y fruncía el entrecejo. Retiré mi mano; el hombrecillo no esperaba otra cosa,

—Pero si se la pedía para estrecharla, no para besarla, hombre. ¿Cree usted que era para besarla? No; solo para estrecharla. ¿Acaso cree usted que soy un bufón?—preguntó en tono de burla.

—No, no... ¿Que ocurrencia? Yo...

—Si soy un bufón, no soy el único. Usted debe respetarme, porque no soy tan cobarde como usted supone. Por lo demás, acaso sea un bufón. Pero lo que sí soy, sin duda, es un esclavo;

mi mujer es una esclava y tenemos que adular á la gente. Siempre se gana algo. Hay que azucararlo mucho todo, endulzarlo todo; con lo cual, mejora la salud en último término. Se lo digo en secreto y probablemente le será útil... Soy un bufón, por que soy un desgraciado.

—¡Ja, ja, ja! ¡El gracioso del viejo! ¡Lo que nos hace reír este hombre siempre!

—exclamó Anfissa Petrovna.

—Señor, es fácil vivir haciendo el animal. Si lo hubiera sabido antes, me habría lanzado á la holganza desde la juventud y con eso sería ahora más inteligente. Pero, como quise tener talento prematuramente, no soy más que un viejo imbécil.

—Diga usted—interrumpió Obnoskine á quien la alusión al talento había desagradado sin duda. (Estaba recostado, tendido libremente en un sillón, y examinaba á través de sus lentes al viejecillo).—Diga usted, ¿cuál es su nombre? Se me olvida siempre. ¿Cómo es?

—¡Ahl amigo mío, mi nombre, si quiere usted, es Ejerikine; pero ¿qué utilidad puede tener para usted el saberlo? Hace ocho años que no tengo ocupación; vivo solo por la fuerza de la naturaleza. Y, ¡qué cantidad de hijos la que yo he tenido!

—Bien. Dejemos eso á un lado. Pero,

vamos á ver. Hace tiempo que quería preguntarle, ¿por qué se vuelve usted varias veces cuando entra en cualquier sitio? ¡Tiene mucha gracia!

—¿Por qué miro hacia atrás? Porque siempre creo que hay detrás alguien dispuesto á darme un golpe. Me he hecho maniático.

Continuó la risa.

La institutriz se puso de pie y dió un paso para marchar; pero después se sentó de nuevo, á pesar del color rojo que le cubría el rostro, había en él una expresión enfermiza de sufrimiento.

—¿Sabes?—murmuró mi tío á mi oído.
—Es su padre.

Miré á mi tío con asombro. Se me había olvidado por completo el nombre de Ejerikine. Durante el trayecto en tren era yo el héroe que no hacía más que soñar en su prometida, que construye en favor de ella los planes más generosos; pero no me acordaba de su nombre, ó mejor dicho no me había fijado en él.

—¿Cómo? ¿Su padre?—dije también en voz baja.—¡Crefa que era huérfana!

—Sí, amigo mío, es su padre. Y, ¿sabes? además es el hombre más honrado del mundo; no bebe nunca y se divierte haciendo el bufón. Están en una miseria horrible; ¡ocho hijos! Para comer no disponen de otra cosa más que del suel-

do de Nastenka. Le echaron del servicio por su mala lengua. Viene á casa todas las semanas. ¡Es un orgulloso! No quiere aceptar el más pequeño obsequio. Le he hecho muchos ofrecimientos; pero ni siquiera los escucha...

Pero, advirviendo que el viejo oía lo que me contaba, mi tío le dió una palmada en el hombro y preguntó:

—¡Bravo, Evgraf Larionich, ¿qué hay de nuevo en la ciudad?

—¿Que qué hay de nuevo? El señor Tikonzef, defendió ayer á Trichine que no pudo presentar la cuenta de los sacos de harina. ¡El señor Trichine que le mira á uno por debajo del hombro! ¿No le recuerdan ustedes? El señor Tikhontzef hizo el siguiente informe: «Si el dicho Trichine no fué capaz de guardar el honor de su misma sobrina que se escapó el año pasado en compañía de un oficial, ¿cómo iba á ser capaz de guardarse los sacos de la Intendencia?» Les juro á ustedes que es textual.

—¡Qué historias tan poco divertidas nos cuenta usted hoy!—exclamó Anfissa Petrovna.

—Hablas demasiado, Ergraf—añadió mi tío.—Te perderá esa lengua que tienes. Eres un hombre recto, honrado, de buena conducta; puede decirse muy alto; pero tienes una lengua de víbora. Es raro que hayas podido entenderte con

los de allá abajo. Son buenas gentes, sencillas...

—Amigo y protector mío; precisamente son los hombres sencillos los que me asustan—replicó vivamente el viejo.

Me agradó la respuesta; me dirigí á Ejevikine y le estreché la mano; á decir verdad creía que protestaba de ese modo contra la opinión general mostrando mi estimación al viejo. Y ¿quién sabe? Acaso también quisiera ganar en la opinión de Nastassia Evgrafovna; pero mi actitud logró escaso éxito.

—Permítame que le pregunte—dije ruborizándome.—¿Ha oído usted hablar de los jesuitas?

—No, ó muy poco; pero ¿por qué me pregunta eso?

—Quería contarle á este propósito... recuérdemelo alguna otra vez... por el momento sepa usted que le comprendo y que sé apreciarle—y lleno de confusión le estreché la mano nuevamente.

—Cuenta con que me acordaré de usted; inscribiré su nombre en letras de oro. Soy un distraído.—Y adornó con un nudo su pañuelo todo manchado de tabaco.

—Tome usted té, Evgraf Larionitch, le dijo mi tía.

—En seguida, señora... iba á decir princesa. Y á propósito del té: he encontrado en el camino al señor Bakhtcheief.

Estaba tan contento como si fuera á casarse.. Adulación, siempre adulación—añadió á media voz y haciéndome un guiño al pasar delante de mí con la taza en la mano.—Pero ¿cómo no se ve al principal protector, Foma Fomitch? ¿no viene á tomar el té?

Mi tío se estremeció como si le hubiesen pinchado y miró tímidamente á la generala.

—No sé—contestó confuso.—Se le ha hecho avisar pero... sin duda no está de humor... le he enviado á Vidopliassov y... ¿si fuese yo mismo?

—He entrado en su cuarto—dijo Ejevikine con tono enigmático.

—¿Es posible?—gritó asustado mi tío.—¿Qué le ocurre?

—Sí; ante todo he ido á verle para presentarle mis respetos. Me dijo que quería tomar el té en su cuarto y solo consigo mismo; hasta añadió que se contentaría con una corteza de pan seco.

Estas palabras aterrorizaron á mi tío.

—Pero ¿cómo no le has explicado, no le has persuadido, Evgraf?—dijo mi tío con aire de reproche.

—Hice lo que pude.

—¿Y qué?

—Durante un rato no contestó. Estaba sumido en un problema de matemáticas que debía ser muy difícil. Había dibujado las figuras; las he visto. Tuve que

repetir tres veces la pregunta. A la cuarta levantó la cabeza y pareció notar mi presencia.—«No iré,—me dijo.—Ha llegado un sabio. ¿Puedo estar yo al lado de un astro semejante?» Son sus propias palabras.

Y el viejo me dirigió una mirada de ironía.

—Ya me lo esperaba yo—dijo mi tío.—Ya lo había pensando. Es de tí, Sergio de quien habla. ¿Qué hacer ahora?

—Me parece, tío—contesté con dignidad—me parece que esta manera de comportarse es tan ridícula que no se puede tener en cuenta y le aseguro que me extraña su confusión.

—¡Ahl ¡No adviertes lo que ocurre! —exclamó mi tío con energía.

—Ya no sirve que se lamente usted ahora—interrumpió la señorita Perepelitzina—ya que es usted el que ha causado el mal. Si hubiera usted escuchado á su madre, no tendría de qué quejarse.

—Pero ¿cual es mi culpa, Anna Nilovna? ¿No teme usted á Dios?—gimió mi tío, con voz suplicante que quería provocar una explicación.

—Sí temo á Dios, Yegor Ilitch; todo ello proviene de su egoismo y del poco afecto que tiene usted á su madre—contestó dignamente la señorita Perepelitzina.—¿Por qué no respetó usted su voluntad desde el comienzo? ¡Es su ma-

dre! Por lo que á mí respecta yo no mentiré: también yo soy hija de un Teniente Coronel y no una advenediza.

—¡Ultraja á su madre!—dijo la generala con severidad.

—Por favor, madre, ¿qué está usted diciendo?

—Eres un gran egoista, Yegorouchka—prosiguió la generala con creciente animación.

—¡Madre! ¡Madre! ¿Yo un egoista?—gritó desesperadamente mi tío. Hace cinco días que está usted incomodada conmigo y que no me dirige la palabra. Y ¿por qué? ¿por qué? Estoy dispuesto á que me juzguen, á que todos me juzguen. Quiero que se escuche por fin mi justificación. Me he callado durante mucho tiempo, madre; nunca quiso usted escucharme; que todo el mundo me escuche ahora. ¡Anfissa Petrovna! ¡Pablo Semionovitch, noble Pablo Semionovitch! Sergio, tú no eres de la casa; eres, por decirlo así, un espectador; tú puedes juzgar con imparcialidad.

—Cálmese usted, Yégor Ilitch; cálmese usted—exclamó Anfissa Petrovna.—No mate usted á su madre.

—No mataré á mi madre, Anfissa Petrovna; pero, ¡herid; aquí está mi pecho!—continuó en el paroxismo de la excitación, como ocurre á los hombres de carácter débil cuando han perdido

la paciencia, aunque todo su arrebato se reduzca á un chispazo.—Quiero decir, Anfisa Petrovna, que no trato de ofender á nadie. Comienzo por declarar que Foma Fomitch es un hombre generoso, dotado de las más altas cualidades; pero en esta ocasión ha sido injusto conmigo.

—¡Hum!—murmuró Obnoskine como para excitar más á mi tío.

—¡Pablo Semionovitch! ¿Cree usted que soy un tronco insensible? Lo veo todo, lo comprendo todo todo y lo lloro con lágrimas de mi corazón; puedo decirlo; comprendo que todos estos errores son producto del afecto que me tiene. Pero juro que en esta ocasión es injusto. Voy á decirlo todo; voy á contar la historia tal como es, con todos sus detalles, para que se vean claramente sus orígenes y se decida si mi madre tiene razón para enfadarse porque no he sabido contentar á Foma Fomitch. Escúchame Serioja—añadió volviéndose hacia mí. (Y permaneció en esta actitud durante todo el relato, como si no hubiese tenido confianza en la simpatía de los demás presentes).—Escúchame y dime si tengo ó no razón. He aquí el punto de partida de todo esto. Hace ocho días, sí, justamente ocho días, que mi antiguo Jefe el General Boussapetov pasó por nuestra ciudad con su mujer y su cuña-

da. Me entusiasmé. Aproveché la ocasión que se presentaba y me apresuré á verles é invitarles á comer. El General me prometió que vendría lo antes posible. Te digo que es un hombre encantador, lleno de virtudes, y un verdadero gran señor además de todo. Ha hecho la felicidad de su cuñada casándola con un joven empleado de Malinovo, que posee una cultura universal por decirlo así. En una palabra, un general entre los generales. Naturalmente, se revuelve toda la casa: los cocineros preparan la comida; apalabro á los músicos y me creo en las cimas de la felicidad. Pero ¿es que no desagrada eso á Foma Fomitch? Me acuerdo: estábamos en la mesa; acababan de servir uno de sus platos favoritos. De repente se levanta gritando: «¡Se me desdeña! ¡Se me desprecia!»—¿Por qué? —le dije.—«Todos me desprecian; no se piensa más que en el general. Le preferís á mí.»—Ya comprendes: no cuento más que lo importante de la cuestión; pero ¡si tú hubieses oído todo lo que decía! En una palabra: me ha destrozado el corazón. Y ¿qué podía yo hacer? Naturalmente aquello me dejó completamente abatido; me quedé como un pollo mojado. Llegó el gran día; el General mandó un recado diciendo que no podía venir y presentando sus excusas. Fui al cuarto de Foma: «Vamos, cálmate. No

viene el General.»—«¡Todos me desdijeron» continuó gritando. Procuro vencerle. «No; váyase con sus generales puesto que los prefiere á mí; ha roto usted el nudo de nuestra amistad.» Comprendo el motivo de su resentimiento. Es su cariño el que le lleva á esos extremos. Me lo ha dicho él mismo. Teme perder mi afecto y quiere probarme para ver de qué soy capaz yo por él. «No—me dijo—yo debo ser para ustedes tanto como un general, como una Excelencia. No me reconciliaré con usted hasta que no me haya demostrado su estimación.—Y ¿cómo demostrártela, Foma Fomitch?—Llamándome durante todo un día «Vuestra Excelencia.»—¡Caf de las nubes! Ya comprendes mi asombro. «Que le sirva esto de lección y le enseñe para lo porvenir á admirar menos á los generales cuando otras personas acaso les son superiores.» Entonces, lo confieso ante todos, ya no pude contenerme. «Foma Fomitch—le dije—eso es imposible. No conseguiría hacerlo. ¿Puedo convertirte en general? piénsalo tú mismo. ¿Quién posee ese poder? Veamos, ¿cómo iba yo á decirte «Vuestra Excelencia»? Sería atentar contra las cosas más sagradas. Un general es el honor de la patria; ha luchado, ha vertido su sangre en el campo de batalla... «no ha querido oír nada.»

Foma, haré lo que quieras. Me has pedido que me afeitase las patillas porque te parecían antipatrióticas y las he afeitado, contra mi gusto, pero las he afeitado. Haré otros sacrificios si los pides; pero renuncia al tratamiento de general.—No—dijo—no me reconciliaré hasta que se me llame «Vuestra Excelencia». Sería muy saludable para la moralidad de usted porque le reduciría el orgullo. Y ya hace ocho días que no me dirige la palabra. Aborrece á cuantos vienen aquí. Yo he tenido la culpa de que haya sabido que eres un sabio; no he acertado á callarlo. Me contestó que si tú venías él no quedaría ni un minuto más en la casa. «Entonces, ¿es que ya no soy para ustedes un hombre de ciencia?... ¿qué ocurrirá cuando sepa que va á venir Korovkine? Veamos, piensa en ello. Dime de qué soy culpable. ¿Puedo decirme á darle tratamiento? ¿Es posible vivir así? ¿Por qué ha echado hoy mismo de la mesa al pobre Bakhtcheiev? Admitamos que Bakhtcheiev no ha inventado la astronomía... ¡nosotros tampoco! ¿Por qué, por qué ocurre todo esto?

—Porque eres un envidioso, Yegorouchka—dijo otra vez la generala.

—Madre—exclamó desesperado mi tío—me hará usted perder la razón... Nadie diría que es mi madre quien me habla.

—Pero—dije muy sorprendido por

aquel relato—Bakhtcheief me contó, con razón ó sin ella, que Foma Fomitch tenía envidia del Santo de Ilucha y, que pretendía que se le festejase á él también. Confieso que ese rasgo me asombró hasta un extremo...

—Es su cumpleaños y no su santo —interrumpió vivamente mi tío.—Bakhtcheief se ha expresado mal. Mañana es el cumpleaños de Ilucha. La verdad ante todo...

—Pero no es el cumpleaños de él—exclamó Sachenka.

—¿Cómo? ¿No es su cumpleaños?—interrogó asombrado mi tío.

—No; no es su cumpleaños. Lo imagina usted para engañarse á sí mismo y para satisfacer á Foma Fomitch. Su cumpleaños se celebró en Marzo, acuérdesse usted: fuimos en peregrinación al Monasterio. Cuando le felicitamos se incomodó porque no había camelias en el ramo. «Me gustan las camelias—nos dijo—porque tengo gustos distinguidos y no han querido ustedes quitar adornos al invernadero por mí». Todo el día estuvo de mal humor y ya no volvió á abrir la boca.

Creo que una bomba que hubiese caído en medio de la habitación no habría producido más asombro que aquella súbita protesta. ¿Y de quién? De una niña á quien le estaba prohibido levan-

tar la voz en la mesa delante de su abuela. Aterrada, estupefacta, loca de cólera, la generala se puso en pie con los ojos fijos sobre la insolente y no dando fe á lo que veía.

—¿Cómo se consiente eso ¿Se la dejará matar á su abuela?—rugió Perepelitzina.

—¡Sacha! ¡Sacha! ¡Cállate! ¿Qué tienes?—gritaba mi tío corriendo de su madre á su hija y de su hija á su madre.

—No me callaré—gritó Sacha saltando de pronto de su silla. Golpeaba el suelo con el pie y sus ojos lanzaban relámpagos.

—No me callaré ¡Hemos sufrido todos demasiado por culpa de ese infame de Foma Fomitch! Va á acabar con todos porque á cada instante se le repite que está lleno de talento, que es magnánimo, generoso, sabio; que en él están reunidas y compendiadas todas las virtudes y se lo cree el muy imbécil. Otro en su lugar estaría avergonzado, pero él se lo traga todo y todavía pide más. Ya veréis como nos devora á todos por culpa de papá. Digo lo que tengo que decir y no temo á nadie. Es inútil, sucio, grosero, cruel, tirano, calumniador, embustero... ¡Ah, como no contase más que conmigo, hace mucho tiempo que le habría echado de casa! Pero papá le adora. ¡Papá está loco por él.

—¡Ah!—la generala dió un grito y se dejó caer sobre el diván.

—¡Querida Agafia Timofeievna, angel mio!—gritaba Anfissa Pretrovna.—¡Mi frasco de sales! ¡Agua! ¡Agua!...¡Pronto!

—¡Agua! ¡Agua!—gritaba mi tío.—¡Madre! ¡Madre, tranquilícese! ¡De rodillas le pido que se calme!...

—Deberían encerrarla y ponerle á pan y agua, criminal—silbaba entre dientes Perepelitzina que parecía como si quisiera atravesar á Sachenka con su mirada furiosa.

—¡Bien! que me pongan á pan y agua. No temo nada—gritaba Sachenka exaltada.—Defiendo á papá porque no puede defenderse él mismo. Pero ¿quién es Foma Fomitch al lado de mi padre? ¡Come su pan y por añadidura le insulta y le rebaja el ingrato? Pero yo me encargaré de destrozar á Foma Fomitch; le provocaré á un duelo y le mataré con dos pistolas.

—¡Sachal! ¡Sacha!—gritaba mi tío en el colmo del sufrimiento.—Una palabra más y me pierdes para siempre.

—¡Papá!—gritó Sacha precipitándose hacia su padre y eschándosele en los brazos con los ojos llenos de lágrimas.—¡Papá! ¡Cómo había de perderse usted, usted que es tan bueno, tan noble, tan alegre, tan inteligente! ¿Va usted á someterse á semejante ingrato, á ser como

un juguete en sus manos hasta convertirse en el hazmereir de todo el mundo? ¡Papá, padre adorado!

Prorrumpió en sollozos y huyó de la sala con las manos en el rostro. Hubo un tumulto indescriptible. La generala tenía un síncope y de rodillas ante ella estaba mi tío besándole las manos. La señorita Perepelitzina se agitaba alrededor de ellos y nos lanzaba miradas feroces y triunfadoras. Anfissa Petrovna humedecía con agua fresca las sienes de la generala. Prascovia Ilinitchna toda temblorosa, lloraba. Ejevikine buscaba un rincón donde ocultarse, y pálida como una muerta, la institutriz, permanecía allí, de pie. El único que no se conmovió fué Mizintchikov. Se levantó, se acercó á la ventana y se puso á mirar hacia fuera sin prestar la menor atención á la escena que se desarrollaba dentro.

De repente la generala se alzó del diván y mirándome furiosamente:

—¡Vete!—gritó, dando fuertes golpes con el pie en el suelo.

No esperaba yo semejante algarada.
—¡Vete! ¡Vete! ¡Abandona esta casa! ¿Qué viene á hacer aquí? No quiero que esté un instante más con nosotros. ¡Le despido!

—¡Madre! ¡Madre! Es Serioja—murmuraba mi tío, trémulo de miedo.—Está aquí de visita, madre.

—¿Qué Serioja? Basta de explicaciones. ¡Qué se vaya! Estoy segura de que es Korovkine; mis presentimientos no me engañan nunca. Ha venido para echar á Foma Fomitch. Lo nota muy bien mi corazón... ¡Vete canalla!

—Tío—dije, lleno de una noble indignación;—si es así, perdóneme...—y cogí mi sombrero.

—¡Sergio! ¡Sergio! ¿qué haces? ¿También tú? Madre ¡si es Serioja!... Sergio, por favor—gritaba viniendo hacia mi y esforzándose por recobrar mi sombrero. —Eres mi huésped, quedarás aquí ¡lo exijo! Lo que dice—añadió en voz baja, —no tiene importancia; le pasará pronto. Estoy seguro de que te perdonará. Es muy buena pero en este momento no sabe lo que dice... ya lo has visto, te toma por Korovkine, pero te juro que te perdonará... ¿que quieres?—preguntó á Gavriilo que todo trémulo acababa de entrar en la habitación.

Gavriilo no venía solo. Le acompañaba un muchacho de unos diez y seis años y de muy buena presencia; supe más tarde que á esta cualidad debía el haber sido admitido en la casa. Se llamaba Falalei y llevaba una indumentaria especial: camisa de seda roja con cuello galoneado, cinturón de galón de oro, pantalón de terciopelo negro y botas de piel fina con vueltas rojas. Este traje era de

invención de la generala. El niño sollozaba y corrían abundantes lágrimas de sus ojos azules.

—¿Aún hay más?—esclamó mi tío.—¿Qué ha ocurrido? Veamos, habla.

—Foma Fomitch nos ha mandado que vengamos aquí; nos sigue—contestó el desdichado Gravriilo.—Yo á exámen, y él...

—¿Y él?

—¡Ha bailado!—contestó Gravriilo entre lágrimas.

—¡Ha bailado!—gritó mi tío con terror.

—¡He bailado!—sollozó Falalei.

—¿El Kamarinski? ¹

—¡El Kamarinski!

—¿Y te ha sorprendido Foma Fomitch?

—¡Me ha sorprendido!

—¡Me matan entre todos!—esclamó mi tío.—¡Estoy perdido!— y se llevó las dos manos á la cabeza.

—¡Foma Fomitch!—anunció Vidopliassov entrando en la sala.

Y Foma Fomitch se presentó en aquel desconcierto.

1) La danza popular rusa, cuya música se escribió para la letra de un poema en que se cantaban las hazañas de un soldado llamado Kamarinski. También se denomina la Kamarinka.